



SARA LOVERA

ANÁLISIS / MARTES 28 DE NOVIEMBRE DE 2023

Palabra de Antígona | “Palabras sórdidas, filosas, oxidadas...”

"... primero fue el verbo y luego la materia/proferir es manifestar en metafísica/emitir con voz cifrada de piedra, sílice que durará más de cinco mil años/ en el desierto del desamparo/ y del desvarío/fingiéndose duna/arena/ antes de ser des-cifrada como luciérnaga/ de salto cuántico/palabra-sibila que traduce /lo intraducible/que vaticina lo que vendrá/ y escribe historias sórdidas, filosas, oxidadas,/épicas/ de hombres y mujeres/ y sus numerosos descendientes..."

Escribe Kyra Núñez en *Anatomía de la escritura*, un largo poema que recupera, en 100 páginas, la historia de la escritura, del discurso.

Cómo las palabras reflejan el pensamiento, a la conciencia y ninguna puede pronunciarse sin transparentar lo que se es.

Desde ahí una puede intentar traducir el intercambio de palabras que se dijeron en la ceremonia solemne, el 23 de noviembre, en la Cámara de Senadores, dos legisladoras que acabaron manchándola. Era la conmemoración del Día Internacional para Eliminar la Violencia contra la Mujer, buscaba hacer conciencia... y nos dejó sabor amargo.



Palabras proferidas, como dice Kyra, sórdidas, filosas, oxidadas, que revelan hasta dónde, en la conciencia de las legisladoras, no se ha producido el desciframiento de esa otra palabra: feminismo.

¿Es igual tener muchas mujeres en el Congreso que buscar la transformación para lograr una vida mejor, democrática, entre iguales, pacífica, alegre, placentera, donde desaparezca la supremacía masculina que sostiene al sistema? Lograr abrir los caminos del cambio, dejando atrás la vida en que transcurrimos, en medio del horror y la estulticia. Mujeres asesinadas, desaparecidas, violadas y reducidas a míseras historias de desigualdad y discriminación.

Lo que ocurrió en esa ceremonia solemne fue un altercado entre las senadoras Kenya López Rabadán y Malú Micher Camarena. Intercambio de palabras, gestos y manotazos.

El escenario era uno de consignas, inscritas en carteles colocados en las curules, para hacer evidente que la violencia contra las mujeres hace permanecer la desigualdad, la antidemocracia y la injusticia. Mostrar la urgencia de un cambio de raíz, de fondo, al sistema y al poder.

Tras el segundo encuentro feminista latinoamericano en el Perú(1983), la filósofa/ideóloga Julieta Kirkwood lanzó unas palabras: ¿qué hacen las políticas en nuestros encuentros? Los de las feministas. A partir de entonces se produjo en Latinoamérica una larga reflexión sobre las ventajas o desventajas de participar en la política, cuando no cambia ni en términos ni en grado de conciencia su visión y no se considera el carácter de emergencia de la vida de las mujeres, ni se diferencia de la política que hacen los hombres.

¿Cómo entender que las mujeres deban ser consideradas diferentes, por experiencia e historia, frente a los movimientos grupales de otras reivindicaciones? Esa contradicción ya llegó al escenario público de la República.

Nuestra ideóloga chilena planteó cómo identificar los matices de la demanda feminista en el cambio global, y distar de términos los grandes problemas de las mujeres, entre todos los demás. Analizó cómo conciliar entre “las feministas” y “las políticas” los problemas y la conciencia necesaria, hoy, reflejada en las palabras.

No. En el Senado hubo “gritos, acusaciones, politiquería, panfletos”, según gritaban las senadoras panistas, mientras que las morenistas gritaban a las otras “feministas de ocasión”, etc. Ya nada se escuchó, sólo Malú Micher alcanzó a decir que en este gobierno sí se hacen las cosas. Las morenistas, autoras de los carteles, fueron acusadas de ser subordinadas del presidente Andrés Manuel López Obrador, empleadas, sometidas a “billetazos y cargos”. Tremendas, filosas, oxidadas palabras que obligan a pensar hasta qué punto la política de los hombres las ha engullido a todas. Veremos.